

LA RÉPLICA

-Está usted magnífica, María.

El pintor la observó con admiración. La guapa actriz, revestida con el blanco hábito de las monjas calatravas, destilaba una dulzura juvenil al tiempo que un magnético misterio.

Raimundo de Madrazo la invitó a colocarse cerca de la ventana, donde la luz caía sobre ella en una atmósfera envolvente. Con lentitud e inseguridad, cogió una paleta y preparó los colores, el blanco, el rojo, el ocre para el fondo. El pintor respiró los aromas que desprendían los densos y ricos óleos y dejó escapar un hondo suspiro. Aquellos olores formaban parte de sí mismo, pero desde hacía algún tiempo le provocaban una nostalgia infinita, el sentimiento de un algo perdido que no creía poder recuperar. Su mano tembló al coger el carboncillo con el que trazaría las líneas maestras.

María lo miraba con curiosidad, mientras aprovechaba la quietud de la pose para repasar mentalmente su texto. El librito que había traído para completar el atrezo era en realidad una cuidada edición del *Tenorio*, ilustrada con primorosos grabados. Estaba contenta. Se sentía hermosa en aquella amplia túnica de lana blanca, con la toca enmarcando su rostro. Estaba preparando con entusiasmo el personaje de doña Inés, aquella niña cándida e indefensa que había sido capaz de hacer trastabillar al más ruin de los conquistadores. Era una historia muy especial y había decidido aprovechar la ocasión para encargarse un retrato. Le agradaba su propia imagen y en especial aquella versatilidad del teatro que le ofrecía la ilusión de ser, durante un tiempo, una persona diferente.

Le habían recomendado que acudiera al estudio de don Raimundo de Madrazo. Nadie como él en todo Madrid sabía captar los matices de un rostro, el misterio de una mirada o la suavidad de un gesto. Hijo y nieto de retratistas, aquel pintor estaba en lo alto de la ola y muchas mujeres de postín, al igual que muchos hombres importantes, soñaban con posar para él.

Como buena actriz, María era también observadora y reparó en la mueca de aparente desagrado que mostraba el pintor. Bajo su barba cuidada y elegante, sus labios se arqueaban en un hosco mohín, y sus cejas pobladas se fruncían. Sin cambiar de postura, disciplinada y discreta como la novicia a quien remedaba, la joven lo estudió.

Raimundo era un hombre apuesto, incluso el blusón de pintor con el que se protegía de las manchas de pigmento era de calidad y le sentaba bien. Moreno, adusto, bien peinado; un hombre de cariz decidido, de elevada frente de aristócrata. Y sus ojos brillaban desvelando el rico interior, tal vez atormentado. María carraspeó ligerísimamente después de apreciar en él un par de minutos de absoluta inactividad, como si los útiles se le resistieran.

Al leve sonido de su voz, el pintor levantó la cabeza y la miró. En los ojos oscuros y profundos había dolor.

-¿Puedo moverme un poco? -preguntó la joven actriz esbozando una sonrisa-. ¿O le arruinaré el esbozo de mi retrato?

Raimundo dejó el grafito.

-No se preocupe, muévase, María -respondió-. Mi mano se niega a trabajar. No sé qué problema la acucia.

Ella, suavemente, como si caminara esquivando el traicionero crujido de las tablas, se acercó a mirar. Apenas unas líneas trazadas figuraban una suave silueta, el cuadro no había avanzado más.

-¿Quiere usted que cambie de posición? -preguntó, solícita-. ¿Qué me siente, tal vez? ¿Podemos imaginar la escena del diván? Doña Inés escucha a don Juan, que le habla de amor.

Raimundo observaba cautivado la transformación del rostro de aquella joven disfrazada de monja. Había una magia sublime en sus ademanes y en su voz.

-¡Espere! -exclamó María-. ¡He tenido una idea! Mire, he traído el libro de *Don Juan Tenorio*, por si la espera era larga y podía repasar. El estreno está previsto para el día de Difuntos, y ya hemos ensayado mucho, pero el texto es difícil y siempre tengo miedo de fallar. Usted me dará la réplica.

En un delicado revoloteo de sus hábitos blancos, María fue a colocarse de nuevo junto a la ventana. La luminosidad la cubría como el agua al caer por una cascada, resaltando su limpia piel, la tersura de sus mejillas y sus rasgos distinguidos.

-Aquí -indicó María, con el libro abierto-. Estoy segura de que esta escena la conoce usted y que le conmueve como a todos los que han leído o contemplado la obra del inmortal maestro Zorrilla. Don Juan, cínico y amoral, demuestra a doña Inés un amor que, queriendo ser falso, lo atrapa a él mismo en la red purísima de su inocencia. Y, a partir de allí, el renegado, el pecador, el burlador, ya no existe, porque ella lo ha salvado.

Raimundo cogió el libro con manos trémulas. Si don Juan era un prototipo español, se preguntaba qué tenía él de aquel modelo de hombre verdaderamente poco recomendable. En su juventud no había sido díscolo, ni pendenciero; sin embargo, enfadado con Dios desde la muerte de su esposa como consecuencia del nacimiento de su único hijo, era cierto que había

rondado de una falda a otra, buscando algo, hasta rodearse incluso de compañías femeninas de carácter inconfesable, cuando vagaba por las tabernas de Madrid en pro de acabar con aquel imbatible sentimiento de pena y de culpa. Eugenia había muerto sola, mientras él, padre orgulloso, salía a celebrar la llegada de su primogénito. Su pequeño Federico había sido criado luego por un ama, rechazada su primera infancia por la amargura paterna. ¿Cuánto tiempo había pasado de aquello? ¿Cuántos años tenía aquel simpático adolescente que vagaba por su casa, siempre lleno de amabilidad, espabilado y dotado para la pintura tanto como él mismo? ¿Diez? ¿Quince? Aturdido, sacudió la cabeza.

-¡Vamos! -le animó María-. Hínque su rodilla en tierra y tiéndame la mano. Es de noche, el jardín del convento está iluminado por la luna, huele a flores de azahar y escuchamos el rítmico lamento del Guadalquivir.

Subyugado por la belleza de aquella exquisita Inés tanto como por su relato, Raimundo se dejó convencer y clavó la rodilla en el suelo. Casi pudo sentir el relente de la noche y la humedad fresca del rocío. Y entonces leyó:

-¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor,

que en esta apartada orilla

más pura la luna brilla

y se respira mejor?

Tras la primera estrofa, se detuvo, azorado. La voz le rascaba en la garganta y estaba recitando muy mal, y eso que de niño era de los mejores de su clase en declamación. María le exhortó a seguir:

-¡Continúe!

Raimundo obedeció.

-Esta aura que vaga, llena

de los sencillos olores

de las campesinas flores

que brota esa orilla amena;

esa agua limpia y serena

que atraviesa sin temor

la barca del pescador

que espera cantando el día,

¿no es cierto, paloma mía,

que están respirando amor?

Poco a poco, el intenso monólogo del seductor Don Juan fue desgranándose de los labios de Raimundo. Cada vez era más fácil, y, a cada una de sus frases, el rostro de María se transfiguraba: la belleza transparente, angelical, fue cambiando a la libertad de la paloma, la gracilidad de la gacela y el fulgor inesperado de las estrellas, hasta que una lágrima que parecía dibujada resbaló por la mejilla femenina hasta caer en la mano del improvisado hidalgo. La voz de ella emergió entonces como de entre las páginas del libro:

-Callad, por Dios, ¡oh!, don Juan,

que no podré resistir

mucho tiempo, sin morir,

tan nunca sentido afán...

Ni en escena, María había interpretado con tanta verdad la romántica escena. Fue acercándose despacio al rostro del pintor hasta susurrarle casi los últimos versos:

-...o arráncame el corazón.

o ámame, porque te adoro.

Sin saber por qué ni cómo, Raimundo se encontró besando los labios ardorosos de María, con pasión que no se desbordaba, con respeto y vehemencia, con los ojos cerrados. Al cabo de un instante, se separaron sin rubor y se miraron con sorpresa.

-Gracias -musitó María-. Me ha ayudado mucho con esta escena... Por fin, ya sé cómo debe ser.

Sonrió con entusiasmo sincero, y Raimundo le respondió de la misma manera. Algo se había liberado, un peso, un rencor, y el deseo de crear cosas bellas resurgió profundo trayéndole mucha paz.

-Ahora está usted bellísima de verdad, María. Es usted la auténtica doña Inés. Tengo que retratarla.

Se levantó para volver tras el lienzo y no dijo nada más durante al menos dos largas horas, mientras trabajaba con una concentración sobrecogedora. Y María, satisfecha y feliz, posaba.

Al cabo de unas semanas, María Guerrero recibió en su domicilio el cuadro de Madrazo. Lo desenvolvió para contemplarlo casi con veneración. Era precioso. La luz envolvía a la inocente novicia como un bálsamo, el blanco del tejido se levantaba sobre el fondo marrón como si desprendiera un halo de santidad. Entre las manos, la dulce Inés sostenía un misal, mientras, con los párpados bajados, parecía íntimamente meditar.

Junto con el cuadro, María recibió un billetito escrito con elegante caligrafía masculina:

Mi agradecimiento eterno a la mujer que supo salvarme de mí mismo.

Con devoción,

Raimundo

Pseudónimo: Luisa Fanlo Castillo

